



UNA APUESTA A LA SUBJETIVACIÓN

Marité Colovini

El adolescente y su analista

La escucha de un adolescente pone al analista ante la difícil prueba de ver desmontarse las referencias establecidas, de tener que inventar a cada paso, de sostener una función de apuntalamiento de esa transición que representa la última vuelta antes de la constitución definitiva.

En este sentido, se compara con la clínica de bordes, ya que se trata de intervenir en lo constitutivo, de construir junto al joven vínculos esenciales, de acompañarlo en su establecerse en el mundo, de escribir con él la letra que le permita representarse, ordenar el fantasma, escindir el yo.

Sostenida, prevalentemente en el deseo del analista, la práctica con adolescentes requiere operar con la presencia real, intervenir en lo real, y encontrarse con lo real del padre y de la madre, para solicitar su función.

Tiempo de anudamientos, reanudamientos, desanudamientos, la estructura borromeica del sujeto se hace evidente en la adolescencia, tensando las cuerdas al máximo, y probando con ello si contamos con el buen agujero.

Tiempo, esta vez para el analista, que debe ejercitarse en la espera, para no redoblar con certidumbres científicas, o valores estadísticos, la violencia traumática de un tiempo de la vida en que todo se desmorona, en que irrumpe el desorden, en que se combina el exilio y la alienación.

Esperar al adolescente en su tarea simbólica, real e imaginaria, supone un acompañamiento que le permita encontrar otros modos de hacer lo que los cortocircuitos del acting o el pasaje al acto; transformar la provocación en invocación, apostar por la consumación crítica de la subjetivación.

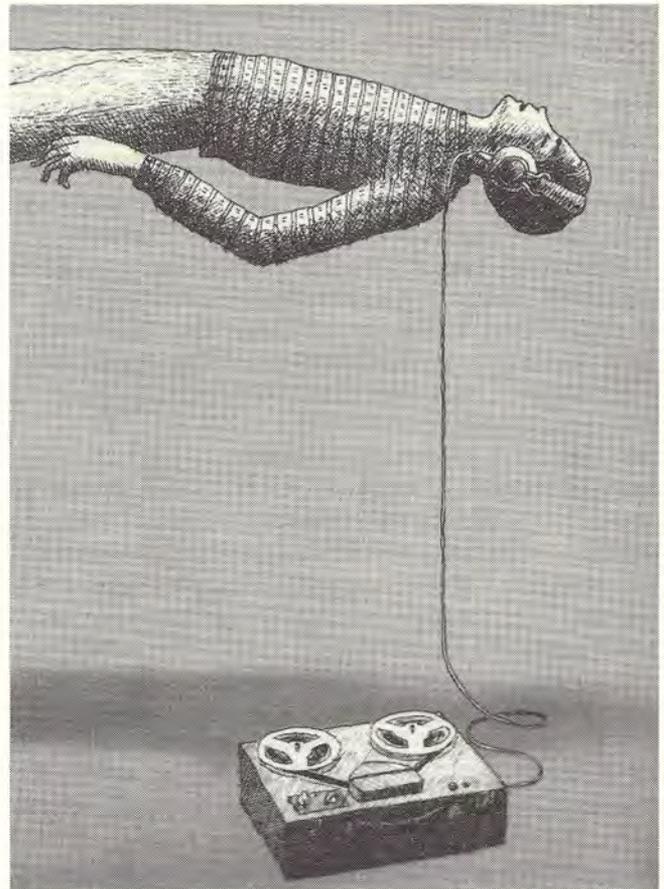
Tal vez la adolescencia sea una crisis, pero connotar su sentido negativo con el apresuramiento de un diagnóstico de psicosis, sería hacerla un destino.

Si bien es un momento en que se entrecruzan todas las posibilidades, y ocasión de virajes fundantes de la estructura, la crisis adolescente nos interroga no tanto para rodearla, tratarla o atravesarla, como para poner de relieve la apuesta misma de su elección.

Transicionalidad, tiempo, desmontaje, puesta en cuestión, tensión identitaria, crisis identificatoria, soledad, desamparo, experiencia de lo siniestro. Significantes que jalonan la significación de este tiempo vital, en el que se presenta a flor de piel que la pulsión se compone de una parte de muerte.

Dolores: Lolita, cuando se trata de la embestida pulsional

Dolores está por cumplir 14 años. Niña independiente, alegre y sociable, bruscamente se encuentra muy triste, no quiere salir, no come. El pediatra solicita un análisis de neurotransmisores. Están todos muy bajos. Indica antidepresivos. La madre de Dolores decide esperar, y la niña se mejora en pocas semanas. Escucho el relato en una exposición de arte, en un encuentro informal, y comento: «Es una adolescente». Al cabo de tres meses, la madre me llama para pedirme una entrevista.



La semana anterior, Dolores desapareció de su casa durante varias horas. La encontraron sus padres y desde entonces está muy rara, habla incoherencias, no duerme, no come y está muy inquieta. Consultaron a un profesional psicológico y recomendó una consulta psiquiátrica.

Luego de los días de tristeza, Dolores comenzó a salir muy frecuentemente. Sus amigas la notaban excitada. Se miraba permanentemente en los espejos. Llamaron al padre de la discoteca donde solía ir a bailar para informarle de la conducta de la niña. La amonestaron en la escuela. Los padres la cambian de colegio al finalizar el segundo cuatrimestre. La describen como: «Muy provocativa con los varones» (Pienso: ¿Sólo con los varones? ¿O se trata de una provocación que tiene como principales destinatarios a sus padres?). No entienden qué ha pasado. Esbozan una teoría traumática, situando que: «Algo debe haberle pasado».

Dolores concurre dócilmente a las entrevistas. En pocos días me muestra varios rostros: Habla incoherentemente y en forma verborrágica, entra en mutismo, llora desconsolada, se mueve permanentemente, hace muecas, se mira las manos, y finalmente inicia un pedido: «tengo mucho miedo, no puedo dormir».

Por esa época, trabajo diariamente con Dolores y con sus padres. Con ella, intervengo ofreciéndole acompañarla en esta crisis. Con los padres, comienzo un trabajo de puesta en orden, interrogando lo obvio, e indicando medidas sencillas orientadas a instituir un cierto orden familiar. Que cada uno duerma en su cama. Que se respeten los horarios de comidas. Que se separen los espacios de trabajo del espacio familiar. Que cuiden y mimen mucho a Dolores. Que.....Dolores los necesita mucho, que el tratamiento no es sin ellos.

Muchas veces me pregunté por el diagnóstico y las mismas veces me dije: «Es una adolescente». Esta frase se constituyó en el pilar de mis intervenciones sobre todo con los padres, quienes no podían reconocer en Dolores a su hija, y estaban superados por la situación.

¿Crisis psicótica o crisis adolescente? Enrucijada difícil dado el aspecto de lo que Dolores mostraba. Sostener mi primer dicho, allá en la exposición de arte, fue la decisión. Esperar a Dolores y acompañarla en este tránsito complicado.

Intentar que de esta demostración provocativa pudiera pasar a una demanda.

Sobrevino un período de intensa angustia y pánico, en el que Dolores sólo se comunicaba conmigo con su mirada. Confieso que fue el peor momento de esta cura, ya que su mirada aterrada me traspasaba y me dejaba una intensa sensación corporal. Un día invito a entrar a la madre a la entrevista y me sorprende de su actitud distante y fría. Tomo de la mano a Dolores y se me abraza llorando, repitiendo «Tengo miedo». Le digo: «Estoy aquí, estoy con vos». Y sentí que prestaba mi cuerpo y mi presencia para hacer barrera a aquello que la aterrizzaba. Creo que pude decirle: «no estás sola, aunque los adultos que te rodean permanezcan ausentes y en silencio».

Dolores pudo calmarse, y sobrevino un período de inhibición y retraimiento. Trabajé con modelado, para iniciar una instancia de dar forma a lo informe, de cambiar la forma, de tocar, de apretar, de retorcer, de acariciar, de alisar.

Habiendo entendido a través de las entrevistas con los padres que jamás había tenido un lugar de infante, ya que los relatos la situaban casi como un par de la pareja parental, propongo trabajar con las fotos que tuvieran de Dolores. No se puede perder lo que no ha advenido. Ordenamos las fotos en forma cronológica y armamos un álbum con las que Dolores eligió.

Lentamente el silencio va adquiriendo forma de palabra y al encadenarse puede armarse un relato. El apoyo de la imagen lo permite, y comienzan a aparecer recuerdos infantiles. Si hay relato, hay historiador. Fabricamos una historia de niña, para que Dolores pueda perderla.

Esta cura continúa aún, pero ha sido tan intensa que me convoca a compartir con ustedes sus avatares.

Las preguntas de una práctica

Muchas han sido las cuestiones que se me han planteado con este caso. En primer lugar, el tema de la psicosis en la adolescencia. Recuerdo que el primer caso que atendí en la residencia de Psiquiatría fue el de un joven de 17 años con delirio de persecución. Presenté este caso en una reunión clínica que coordinaba Emiliano Galende¹, y la discusión giró alrededor de la diferencia entre la crisis adolescente y el desencadenamiento de una psicosis. Desde entonces en cada ocasión en que se presenta esta temática, recuerdo a Daniel, asustado por sus perseguidores y asustado por los efectos secundarios de los neurolépticos.

¹ Emiliano Galende, psicoanalista argentino, docente de la Residencia de Psiquiatría de la U.N.R. 1980.



No es nada sorprendente que algunos adolescentes se sientan atrapados por fantasmas de intrusión, experimentándose como detectados por el adulto.

Muchas veces un diagnóstico sella un destino, y la apuesta a la subjetivación es la apertura de un trabajo de metaforización.

Creo que aún no es tiempo de formular un diagnóstico definitivo en el caso de Dolores. Sigo pensando que estoy ante una crisis adolescente, y que en el futuro podré leer hacia dónde se dirige en su estructuración. Entiendo que no estoy ante los efectos de la forclusión del Nombre del padre, pero aún me pregunto por las condiciones que llevaron a Dolores a esta manera de transitar su pasaje adolescente.

Podría aventurar que hay ciertas funciones que se revelan como fallidas, fundamentalmente en lo relativo a la transmisión del bien-decir erótico y amoroso. No encuentro que la madre de Dolores acepte el riesgo de ser el objeto de deseo de su marido, ni aún que el padre de la niña se arriesgue a hacer de ella la causa de su deseo.

La adolescencia es un momento de extrema soledad ante la cuestión de la unicidad. Catástrofe de lo puberal, el cuerpo es el lugar privilegiado como escenario de la confusión de las reglas, de la confusión de los puntos de referencia.

En las sociedades antiguas, y aún hoy en algunos pueblos primitivos, los ritos iniciáticos acompañan al adolescente en su transición, inscribiendo un antes y un después, y señalando cuál es el modelo aceptado por la cultura.

Hoy, nuestros adolescentes están solos frente a la catástrofe que los invade. Y esta es otra de las cuestiones que evidenció dramáticamente el caso de Dolores. Al análisis le corresponde tratar de construir con ella este medium, que al decir de Rabant², es función del padre real.

El analista que escucha a adolescentes, puede quedar situado en posición tercera entre el adolescente y la pareja parental. Dice P. Gutton³: «A nuestro juicio, la función del terapeuta es en realidad la de garante; el terapeuta no es, o no es solamente, un objeto narcisista; con su presencia invistiendo y regular, con su constancia de pensamiento y su distancia relativa;

-Garantiza la cualidad de los apuntalamientos narcisistas.

-Da ya señales de que la construcción adolescente puede desplegarse.

Función de andamiaje que permite modular los puntales y posibilita la reconstrucción en curso». Entre medium y garante, permitiendo el pasaje entre el niño que ha sido y el adulto que va a llegar a ser.

Y así, llego a la cuestión en la que voy a detenerme, ya que es el tema que actualmente me preocupa y en el que aún estoy trabajando: ¿Cuál es el impacto en la subjetividad de los padres del tránsito adolescente de un hijo?

Creo que en relación a este tema es posible un abordaje triple: pensarlo desde las diferentes estructuras, situarlo en relación a las diferentes relaciones al goce, y contextualizarlo en la época actual, época de desamparo también de los adultos en cuanto al referenciamiento.

Atención de la crisis, apuesta a la subjetivación

Presentar este caso a la consideración de ustedes, incluye su escritura, ya que es por la letra, como efecto del discurso, que se vehiculiza la transmisión del saber.

Cuando Freud sale de vacaciones a la montaña, no programa su encuentro con Catalina, pero una vez realizada la pregunta de la joven: «¿Es ud. médico?», responde desde el lugar que le signa su deseo⁴. De esta manera, concurrir a una exposición de arte puede ser una actividad en los tiempos libres de una analista. Pero una vez situada por el encuentro de una pregunta y la respuesta, la intervención se revela apres-coup. Nombrar a esta hija por la que una madre pregunta como «adolescente», retorna en una consulta por una niña que desaparece de su hogar.

¿Y no es un adolescente un niño que se ausenta? ¿No se trata en la adolescencia de la pérdida a duelar del niño que se fue?

Voy a situar en este encuentro casual con la madre de Dolores el comienzo de trabajo de atención de esta crisis. Porque creo que a partir de allí pueden contarse sus tiempos. Tiempos que ordenaré en todo el trabajo, tiempos pasados, presentes y futuros. Tiempos de subjetivación. Tiempos de intervalo. Tiempos de espera. Tiempos de la interrupción.

²Rabant, Claude, *Inventar lo real*. Ediciones Nueva Visión, 1993.

³Gutton, P. *Lo puberal*. Paidós, Buenos Aires, 1996.

⁴Freud, S. *Estudios sobre la Histeria*. Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid. 1973.

El tiempo y el espacio son incorporales que se articulan mutuamente para permitir que un cuerpo encuentre sus coordenadas. Porque desde mi primer encuentro con Dolores, se trató de construir un espacio para que el tiempo de la adolescencia se desplegara. Alojamiento de la niña que fue, para permitir que la adolescente surja, no sin vaivenes, no sin angustia. Forma de lo informe de un cuerpo que se encontraba arrasado por la embestida pulsional. Las intervenciones sobre el tiempo y el espacio son intervenciones que apuntan a la buena disposición de la cuerda imaginaria. Sabemos que cuando se suelta lo imaginario se pierden las referencias que dan a un cuerpo su lugar.

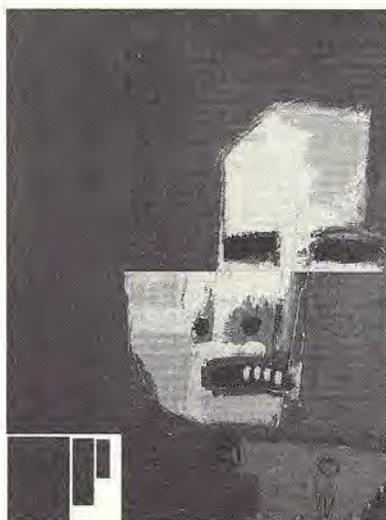
Por otro lado, que se suelte la cuerda imaginaria afecta a los lugares del sentido, y del goce del Otro. Leo de este modo la presentación inicial de Dolores. Allí, mi intervención se dirigió a la situación. Creo que en la atención de crisis se impone un principio que es imposible desconocer. Una crisis es una situación, en el sentido en que A. Badiou⁵ en su libro *El ser y el acontecimiento* nos presenta: «Llamo situación a toda multiplicidad presentada. Siendo la presentación efectiva, una situación es el lugar del tener-lugar, cualquiera sean los términos de la multiplicidad implicada. (...) Toda situación está estructurada».

Por lo tanto, si una crisis es una situación, conviene advertir que no estamos frente a una persona que llega a destinarnos su pregunta. En la atención de una crisis nos encontramos ante una situación, y en tanto exteriores a ella, podremos delimitarla y darle su nombre. Este nombre constituye el diagnóstico de situación, punto de partida imprescindible para abordar una crisis. En el caso que presento, la respuesta dada a la madre de Dolores en la exposición de arte, se reveló a posteriori el nombre de la situación: me consultan por una adolescente, es decir, una madre me consulta porque su niña se ausenta. Por eso consulté primero a un pediatra, quien respondió con un análisis de neurotransmisores. De esta manera de no poder ver en Dolores a quien realmente era, se desprende el efecto de mostración que Dolores encarna. Ausentarse en lo real, perder las coordenadas discursivas, suspender las funciones de autoconservación.

Puesta en acto de la pregunta: «¿Puede perderme?», que desencadena en su madre una respuesta: «mejor loca que perdida». Dolores hace la loca durante un tiempo, y cuando mi insistencia en alojarla y acompañarla surte efecto, puede instalar una demanda: «Tengo miedo, no puedo dormir».

⁵ Badiou, Alain. *El ser y el acontecimiento*. Manantial. Buenos Aires. 2000 (Edición original francesa en edit. Seuil).

Para ese entonces, en su casa se habían realizado las modificaciones que harían posible que al tener una cama y una habitación para ella, pudiera dormir sin miedo. Cuando se produce el episodio de angustia desbordante, entiendo que se trata de hacer algo con mi cuerpo, ya que era allí donde se sentían los efectos de la mirada de Dolores. Traspasar un cuerpo, indica que se hace necesario el agujero, y es en la intervención en que la abrazo, diciéndole: «Estoy con vos», que puedo hacer con mi cuerpo un hueco donde situarla.



Luego sucede el período de inhibición y retraimiento, que entiendo como el único tope que Dolores puede poner a la erogeneidad sin metaforización. La inhibición entonces, como un recurso para esperar la metaforización, lo que haría posible el síntoma.

Es entonces cuando a través del modelado, intento entrar por la cuerda de lo imaginario. Haciendo un cuerpo para alisar, acariciar, apretar. Dando forma a lo informe. Dolores inicia el trabajo con modelado imitando mis movimientos con la pasta. Hacerle de espejo fue lo que en el marco de la transferencia permitió el agujereado necesario para que caiga el objeto fijado a la imagen. Y así, finalmente, la confección del álbum de fotos dio la posibilidad de trabajo sobre lo simbólico.

De este trabajo podría decir que marcó el fin de la crisis y el comienzo de un tiempo de análisis que recurrió durante un tiempo al juego para permitir la constitución de la escena analítica. Creo que durante todo el tiempo de la crisis, la apuesta fue anotada del lado del analista, ya que los padres sostuvieron una tenaz resistencia a que Dolores pudiera separarse del objeto que constituía para ellos. Apostar a la subjetivación en una crisis, en una urgencia subjetiva, implica que el armado del dispositivo tome en cuenta la estructura de la situación de que se trata. Porque, qué es una emergencia en psicoanálisis sino la prisa de un sujeto para recuperar su posición de deseante. Aún más, tratándose de un adolescente, la prisa por alcanzar una posición definitiva en cuanto a su historia.